

El desarrollo teórico del matriarcado en el siglo XIX y los primeros estudios sobre el mito amazónico

The theoretical development of matriarchy in 19th century and first studies about amazon myth

Arturo Sánchez Sanz (asblade@msn.com)

Universidad Complutense de Madrid

Resumen: El universo amazónico abarca innumerables temas (género, mitología, arqueología, relaciones sociales, la visión del «Otro», la guerra, la autoctonía, etc. En definitiva, una sociedad exclusivamente femenina, o donde las mujeres controlan todas los ámbitos es considerada un matriarcado (al margen de conceptos como la matrilinealidad, matrilocalidad o ambas). Ha llenado páginas, no solo en la Antigüedad, y ha permanecido en la mente humana durante milenios. El surgimiento de las teorías matriarcales en el siglo XIX sirvió para retomar una discusión sobre el género, dormida pero nunca olvidada, que influyó enormemente en los primeros análisis contemporáneos sobre uno de los más conocidos mitos griegos. Muchos de los postulados que surgieron entonces, como el matriarcado o la existencia de una Gran Diosa Madre primigenia, hoy superados, aún siguen siendo defendidos por diversos autores para avalar la supuesta existencia real de una sociedad con esas características que merecen un análisis crítico.

Palabras clave: Amazonas. Matriarcado. Diosa Madre. Mujer. Ginecocracia. Matrilocalidad. Matrilinealidad. Patriarcado.

Abstract: The Amazonian universe encompasses countless themes: gender, mythology, archeology, social relations, «The Other's vision», war, autochthony, etc. In short, a exclusively female society where women control all areas; which is therefore considered a matriarchy (apart from those concepts such as matrilineality, matrilocality or both). In fact, It has filled many pages, not just from the Antiquity, and It has remained on humans' mind for millenniums. Besides, the matriarchal theories emergence during the 19th century has served to restart a discussion surrounding the asleep genre, but never forgotten, which has influenced enormously in the first contemporary analysis about one of the most known Greek myths. Indeed, many of the hypothesis that emerged then, such as the matriarchy or the existence of a Great Primitive Mother Goddess, now all overcome, are still being defended by diverse authors in order to guarantee the assumed real existence of a society with those features, which is depth worthy for a critical analysis.

Keywords: Amazons. Matriarchy. Mother Goddess. Woman. Gynecocracy. Matrilocal. Matrilineality. Patriarchy.

Introducción

Hoy en día no cabe duda de la importancia que representó la mujer en todas las sociedades, y el universo mítico amazónico se ha mostrado siempre estrechamente ligado a la visión que de lo femenino existió en algunas de las culturas más importantes de la Antigüedad. No solo dicha realidad, sino el firme propósito de reivindicarla, consiguió generar las más diversas teorías acerca de la posición de la mujer en periodos como el Bronce o hasta alcanzar momentos tan primigenios como la prehistoria, a partir de importantes corrientes y teorías que se generaron desde finales del XVIII-principios del XIX. El matriarcado prehistórico y la existencia de las Diosas Madre se convirtieron en uno de los focos de estudio para renombrados intelectuales como Bachofen, Engels, Jung o, incluso, Freud y Rank, a partir de los cuales trataremos de comprender mejor las motivaciones que pudieron generar tales relatos ya en tiempos pretéritos y su decisivo papel en el auge de los estudios de género.

Sin duda, es necesario afrontar con cautela la enorme amplitud del debate que generaron estas teorías en cuanto, no solo a la existencia de una deidad femenina primigenia y todopoderosa, sino a la influencia decisiva que muchos le otorgan como responsable de la organización social, política y económica de las sociedades que la habrían venerado, y que es relacionado con las Amazonas. Asociada tradicionalmente a la fertilidad y fecundidad humana y divina, representante de una realidad religiosa donde lo femenino sostuvo una importancia preeminente y vinculada a la tradición mitológica original en cuanto a la cuna de la cultura occidental (a veces también de la próxima oriental), algunos autores han asociado el mundo amazónico a su figura. Se muestran como encarnación de la superioridad femenina, aun cuando debemos tener siempre presente que se trata de un constructo mítico. El mito, que no podemos entender como saga, aun cuando Klugmann (1870: 524-556) lo defiende al otorgarle un carácter más amplio, considerándolo como una expresión de la «conciencia nacional» (término, este último, que no puede aplicarse en la Antigüedad y aun menos en el caso griego), habría sido producto de los esquemas de pensamiento griego y, particularmente, de los intereses políticos, sociales y religiosos de los atenienses.

En los últimos años, casi podemos hablar ya de decenios, la historia de género ha cobrado un enorme protagonismo. Hunde sus raíces en los movimientos feministas surgidos a comienzos del siglo XX, y antes aun en las teorías matriarcales que hemos mencionado y que, a su vez, tienen su origen en postulados aun anteriores, en el siglo XVIII. Propone la necesidad de revisar la historia para otorgar al elemento femenino el importante papel que merecen y se les había negado por motivos culturales, políticos, económicos, etc., hasta una posición pasiva y mediatizada socialmente. A partir del siglo XIX, y más concretamente de corrientes como la Escuela de los Annales, la antropología histórica comenzó a pensar en la familia como motor del cambio social a través del estudio del parentesco y, dentro de él, del papel femenino. Sin embargo, no pensemos por ello que se viviría en aquel entonces el cambio tan necesario en cuanto a la visión de lo femenino en la historiografía, pues su interés se centraba en la influencia de lo social en los cambios económicos. A pesar de ello, sirvió como plataforma para el despegue del interés por una figura hasta entonces marginal que daría lugar al auge de los estudios de género y, poco a poco, no solo a la creación de una historia que incluye el papel femenino más allá de una realidad obligada, sino a través de corrientes teóricas que buscaban evitar el sesgo masculino.

Matriarcado y Diosa Madre

Las extensamente conocidas teorías acerca del matriarcado prehistórico femenino se originaron en el siglo XVII con las obras de Hobbes¹, y se desarrollaron en el siglo XVIII a través de figuras como el misionero jesuita Joseph-François Lafitau. Este ya reconocía la existencia de un régimen político gineocrático en sociedades como la iroquesa (1974: 69), entendida como descendiente del matriarcado

licio a través de grandes migraciones, pero también en grupos como los escitas y sármatas, a los que añade la cultura amazónica como si considerara esta una realidad histórica a la altura de las anteriores. El filósofo e historiador Ferguson (1767: 283) o Fourier² compartirían algunos de estos postulados.

No sería hasta la segunda mitad del siglo XIX cuando el trabajo de Bachofen o las obras de Lippert sobre mito matriarcal (*Die Geschichte der Familie 1884 y Kulturgeschichte der Menschheit in Ihrem Organischen Aufbau*, 1886) buscaran de alguna manera dar respuesta a los interrogantes generados de manera extensa³, aunque fuera desde un paradigma de partida hoy más que superado. Incluso figuras como el historiador británico Sumner Maine (*Ancient Law*, 1861), defensor en su trabajo de que el sistema social primigenio fue el patriarcado y el matrimonio monógamo / heterosexual, en realidad afirmaron que ese tipo de organización había sido impuesto primero por la fuerza y luego afianzado por las leyes, no basado en una superioridad o tendencia natural donde las mujeres estaban en su derecho legítimo a tratar de revertir o mitigar esa situación. A partir del tratado sobre Isis y Osiris de Plutarco y en las aseveraciones de Heródoto⁴, Bachofen basará su teoría en la concepción de la sociedad egipcia como modelo de ginecocracia o superioridad de las mujeres a todos los niveles, a través del reconocimiento exclusivo de la ascendencia materna (filiación matrilineal) asociada al derecho de sucesión que da preeminencia a la descendencia femenina. Así, entre 1860 y 1890, desde la publicación de su obra, el debate central de la antropología internacional no giró tanto en torno a la existencia de sociedades primitivas matriarcales, sino más sobre cómo se articularon estas, lo que parecía aceptar tácitamente el primer supuesto.

Bachofen no hablará en su obra de matriarcado, pues este será un término que no surge hasta finales del siglo XIX. En su concepción del desarrollo de las sociedades, propone varias etapas que se diferencian del evolucionismo en tanto que el paso de una a otra no está exento de violencia y resistencia, del mismo modo que también está presente el retroceso a una etapa anterior. Entiende que no es posible de otro modo que a través de la tutela inicial de lo femenino y generador de vida, como principio heredero de la fertilidad inherente a la Madre Tierra, una concepción diametralmente opuesta al propio Aristóteles. El proceso se habría iniciado en una primera etapa ctónica donde las relaciones sexuales son caóticas, no contienen norma, control u orden de ningún tipo. Lo que rige es el derecho natural (1861: 36), en el que la ascendencia paterna es desconocida y el matrimonio no existe (hetairismo). Prima la propiedad comunal de las mujeres, aunque cada clan está dominado por un varón (tirano) que asume una paternidad general pero nunca individual, por lo que no existe la ginecocracia sino la matrilinealidad (1861: 90, 93). Un tiempo de «oscuridad».

La siguiente etapa vendrá marcada por la aparición de la institución del matrimonio, así como de la agricultura, que generará una sociedad sedentaria en oposición al nomadismo anterior, entendiendo que la propia palabra «matrimonio» se basa en la idea fundamental del derecho romano, es decir, unión de la mujer-madre, empleándose en lugar de la que sería más adecuada dentro de sociedades patriarcales como «patrimonio» (1988: 132-133). Surgida de la rebelión de las mujeres frente a la sexualidad sin control y la lujuria auspiciada por los varones y que las denigraba, esta etapa, denominada como la primera del amazonismo, surgió tras la toma femenina de las armas hasta

¹ HOBBS, 1651: 199. Niega la supremacía natural masculina, ni siquiera en lo físico, y defiende un momento histórico en que ambos sexos se enfrentaron y el masculino se impuso para pasar a controlar las sociedades.

² FOURIER, 1808: 285. También defiende un estado previo al patriarcado, donde las mujeres eran libres y se les consideraba iguales hasta el advenimiento del matrimonio que dio paso a la siguiente etapa evolutiva.

³ Luchando contra las teorías previas dominantes durante siglos y que, en palabras de Hartland (1922: 2), no concebían otro sistema de desarrollo evolutivo posible que el basado en el dominio masculino, aunque no por el surgimiento de estas nuevas hipótesis del desarrollo humano aquellos exponentes dejarían de elevar sus críticas, como sucede con Westermarck (1891: 537-538), para quien la defensa del tío materno como tutor de la descendencia familiar no tenía fundamento.

⁴ Acerca de que entre los egipcios eran las mujeres las que iban al mercado mientras sus maridos quedaban en el hogar (2. 35).

su consecución y la afirmación de la verdadera ginecocracia y la matrilinealidad. Lo que Bachofen entiende como etapas que muestran saltos evolutivos hacia un desarrollo más elevado, mostrará una sociedad más ordenada, alejada del caos anterior pero conservando elementos característicos de aquel. Uno de ellos es la preeminencia materna, ahora regulada en tanto la promiscuidad da paso a uniones monógamas que aseguran el conocimiento del ascendiente materno y paterno, aunque manteniendo la preeminencia matrilineal de la descendencia por su carácter «superior» en tanto dadora y engendradora de vida, a imagen de la propia tierra (gea), y a pesar de la participación indispensable masculina. Preeminencia social que se extiende también al ámbito religioso y que será la base para el establecimiento de la ginecocracia a través del concepto de la Diosa Madre, que Bachofen hace principio de todas las divinidades femeninas existentes en las religiones.

Esta etapa dio paso a la siguiente de las cinco que componen su teoría, donde los hombres cambian su papel al de amantes femeninos díscolos y disolutos, que trataron de eliminar así la ginecocracia previa. Sin embargo, las mujeres se rebelaron de nuevo para generar la cuarta etapa, y la segunda del amazonismo que señala Bachofen, en contra del patriarcado y retomando los derechos perdidos hacia una nueva ginecocracia. Se trataría, para nuestro autor, de un paso atrás en la evolución y el desarrollo humano, al contrario que la primera etapa amazónica, que supuso un progreso frente a esta imposición femenina por la fuerza del odio al varón. Incluso, el paso de una etapa a la siguiente explica que es generado también por la mujer, en un intento de regular una nueva sociedad y, dentro de ella, las relaciones sexuales debido a la excesiva promiscuidad masculina que degeneraba en abuso basado en su superioridad física. Es aquí donde las mujeres devienen en «amazonas», al luchar contra esa situación hasta lograr imponerse (enfrentamiento de dos principios opuestos), y cuyo proceso es necesario para el desarrollo de las sociedades. Sin embargo, es transitorio, en tanto solo necesario hasta que las mujeres se apoderen del control social, momento en que abandonan tal actitud. Lo que no explica Bachofen es cómo las mujeres, entendidas como físicamente menos poderosas, lograron imponer su voluntad ante su contraparte masculina, y solo recuerda para ello la imagen amazónica. En cualquier caso, tanto la etapa inicial como el periodo transitorio amazónico, son consideradas como etapas degeneradas, aún distantes del desarrollo de un sistema cultural superior, alejado del dominio del derecho natural y del salvajismo amazónico, como sería el matrimonio monógamo asociado a la tierra y, por ello, sedentario.

Como no podía ser de otro modo, la quinta y última etapa colocará definitivamente a los varones en el poder, instaurará el patriarcado y la descendencia patrilineal por una razón que para Bachofen es sencilla: la superioridad física del hombre le hace vencer esta última y decisiva batalla, así como la incapacidad femenina para actuar con moderación y medida. Se establecerá lo que entiende como la «igualdad de sexos», una interesante concepción para quien piensa que esa «igualdad» se debe basar en el predominio masculino natural. Previamente se habían asentado las bases para el cambio social, aun más desarrollado para Bachofen, donde el derecho materno dará paso a un patriarcado que observa en la mayoría de las culturas de la Antigüedad. Un paso imposible sin la consecución de la derrota de las «amazonas» que aun se resisten al cambio y a la pérdida de los derechos adquiridos. Podríamos entender que nos encontramos aquí con un claro ejemplo de las teorías evolucionistas unilineales que parten de Morgan como el paso de las etapas necesarias desde la barbarie a la civilización⁵; sin embargo, para Bachofen estos procesos son cíclicos y a veces reversibles. Por ese motivo, el universo mítico griego generado en torno a las amazonas no surgió de

⁵ MORGAN, 1877: 390, 474. Quien señalará su desaprobación ante la situación de las mujeres en la Grecia Clásica por las normas culturales impuestas por una sociedad que impresionaría a las generaciones venideras por su desarrollo político, filosófico, etc., a quien esa misma actitud de desdeñar la capacidad femenina propiciaría el colapso tanto de su civilización como de la romana y manifiesta su convencimiento de que las mujeres deben progresar en la adquisición de la igualdad sexual para contribuir al progreso humano de manera activa y determinante.

la imaginación o de su posible existencia real pero aislada, sino que, en aquella época, se entendía como prueba «viviente» de un pasado cultural universal y ginecocrático, y que habrían sobrevivido en ese estado como grupos de excepcionales vencedoras del enfrentamiento por la supremacía.

Como ejemplos de sociedades identificadas en la Antigüedad como ginecocráticas, Bachofen señala gran número de ellas en todo el mundo⁶, aunque no le importe para ello que gran parte sean sociedades cuya existencia real es más que discutible, al menos en los términos en los que las fuentes tratan de ellas. Incluso en la propia Grecia continental localiza grupos que, como es lógico, tenían que ser previos a la sociedad griega arcaica y clásica, donde el patriarcado es más que conocido, aludiendo a los primeros inmigrantes prehelénicos que se asentaron en Grecia y Asia Menor como el germen de dicha estructura social. Se trata, en todo caso, de una selección partidista que obvia aquellas sociedades que no mostraban los requisitos necesarios para acogerse a dicha teoría (por otro lado, la gran mayoría de culturas), por lo que su catalogación generó no pocos debates y opiniones encontradas (Burkert, 1977: 46; Lacey, 1968: 11, etc.). Incluso teorías matizadas como la de Harrison (1912: 492 y ss.) que, si bien se alinean con lo expresado, señalan que no se trataría de una sociedad matriarcal sino matrilocal, pues las mujeres no habrían podido instituirse como la fuerza dominante en lo social. La teoría de la migración doria hacia el Peloponeso, y de otros grupos a la Grecia continental, se ha defendido ampliamente a través de afirmaciones como situar la fecha para ese proceso a principios del II milenio a. C. o en torno al 1200 a. C., como parte de los movimientos protagonizados por los Pueblos del Mar. Esa visión bachofeliana perviviría incluso hasta 1995, en que autores como Blundell (1995: 17) no dudan en señalar a las sociedades prehelénicas de esas regiones como sedentarias, pero religiosamente centradas en el culto a deidades femeninas asociadas a la fertilidad (aunque no menciona a la Diosa Madre, salvo para negar su existencia sincrética). Entiende que pudieron resultar de otras neolíticas o del Bronce temprano, donde se diera el matriarcado, sobre la que los recién llegados impusieron su concepción patriarcal de la sociedad relacionada con su, en ese momento, situación nómada. No obstante, las sociedades plenamente nómadas, como debieron ser estos grupos, han tendido históricamente hacia la paridad por encima de cualquier otra opción, a pesar de que se organizaran en patriarcados y un parentesco patrilineal. Defiende que la fusión de los grupos autóctonos y los inmigrantes en Grecia habría generado las características conocidas de culturas como la micénica, donde si bien las mujeres gozaban de un estatus más elevado que sus descendientes de los periodos arcaico y clásico, habrían protagonizado momentos de tensión social que se reflejaría en la actitud de la mujer en muchos de los relatos míticos. Esa preeminencia de lo femenino en lo religioso ha sido mencionada también en las culturas cicládicas y en la Creta minoica, que en conjunto sería interpretada como el origen de la importancia de las deidades femeninas en Grecia, las cuales habrían perdido su papel director en favor de un panteón también patriarcalizado en un proceso que no tenemos datos para conocer.

Con respecto a ello, es interesante detenernos en las ideas de Lippert, sobre todo en cuanto a su relación con el tema del nomadismo en la Antigüedad, que creemos relacionado con el mito amazónico (1884: 71). Aun a pesar del claro sesgo comunista que tiñe sus postulados al defender que la fase previa y controlada por las mujeres al patriarcado de Bachofen se basaba en el común control de los medios de producción, sostiene que el desarrollo provocó cambios en esos medios que los varones aprovecharon para hacerse con el control, una fase donde refiere también la preeminencia de una Gran Madre en lo religioso. En ese primer estadio, las mujeres gozaban de una alta estima, comparable a la de los hombres en las sociedades patriarcales y controlaban la sociedad a través de un sistema ginecocrático que considera un paso adelante en el desarrollo humano. En ese sistema

⁶ Como el supuesto matriarcado de los licios (HDT. 1. 173). Un tema analizado por Pembroke (1965: 217-247) extensamente y que desmiente tal asunción.

los hombres se veían avocados a la práctica del nomadismo, puesto que las mujeres controlaban el hogar y no deseaban que aquellos lo frecuentaran. Del mismo modo, dicha estructura política no permitía la creación de grandes «Estados», sino que se articulaba en base a pequeños grupos organizados. Serían esos cambios en los medios de producción, que se reflejarían en una división del trabajo, unidos a la necesidad de crear Estados mayores, los que provocarían el cambio del derecho materno al paterno. Las mujeres solo podían mantener el predominio social mientras controlaran la producción y asignación de alimentos, pero cuando ello se hace insostenible y los hombres estrechan lazos entre ellos mismos, basados en su condición fraternal de cazadores, deciden instaurar el matrimonio patriarcal y la propiedad sobre la mujer elegida (propiedad privada) como garantía de control sobre la prole. Incapaces de revertir el curso de los acontecimientos, las mujeres pierden su condición libre y organizadora. Incluso la Gran Diosa se verá desplazada por el Gran Dios como resultado de la suplantación femenina en lo religioso⁷. La violencia para alcanzar ese punto y mantenerlo no estuvo ausente por parte de los hombres, que emplearon todos los medios posibles. De esta forma, y como recuerdo de aquella época anterior, solo quedará en algunas sociedades la elevada estima hacia la mujer, únicamente en su papel asignado y delimitado de madre.

Poco después, el historiador austriaco Hellwald (*Die Menschliche Familie nach ihrer Entstehung und Natürlich Entwicklung*, 1888) añadiría que ese cambio fue posible también, en parte, gracias a la superioridad física masculina, retomando el motor del cambio que Bachofen señala para el inicio de su quinta etapa. Señala que, previamente, las mujeres practicaron la poliandria (1888: 175, 196, 209 y 227) al ejercer su supremacía social. No obstante, aunque entiende que la fase gineocrática fue necesaria, no la considera parte del desarrollo de todas las culturas, pues algunas no la manifestaron y alcanzaron el mismo grado de desarrollo. Otros como Dargun o Zmigrodski (*Die Mutter bei den Völkern des Arischen Stammes: Eine Anthropologisch Historische Skizze als Beitrag zur Lösung der Frauenfrage*, 1886) decidieron centrar su investigación en el análisis lingüístico de la lengua protoindoeuropea para argumentar que el pueblo ario se organizó inicialmente como un matriarcado (1886: 72, 77). Con respecto a ello, Zimmer (*Matriarchy among the Picts*, 1898) destacó la existencia de elementos asociados a un estado matriarcal previo entre los habitantes preceltas (y, por tanto, prearios) de las islas británicas, así como entre los propios arios. Argumentó, muy interesadamente y en cuanto al proceso evolutivo de la humanidad, que el matriarcado no debía ser considerado como una etapa inicial e imprescindible que debía ser irremediamente superada por el patriarcado, sino más bien como una forma de sociedad alternativa, igual de válida y, en ocasiones, contemporánea de aquella (1898: 36-41). Vemos aquí como la teoría matriarcal, aunque aun presente, comenzaba a perder su posición «vital» en el desarrollo evolutivo humano a finales del siglo XIX. Muchos autores comenzaron a apreciar que no todas las sociedades mostraban algún rasgo asociable a un pasado donde la mujer hubiera ostentado una elevada posición.

En este sentido, Dargun, como seguidor de Hellwald y Bachofen partió de que el parentesco y el control social eran elementos diferentes para explicar que una sociedad matrilineal no tenía por qué estar controlada por las mujeres⁸, sino que los hombres pudieron detentar el poder gracias a su superioridad física y, por tanto, a través de la violencia. Nosotros iremos más lejos, pues incluso conocemos la existencia de sociedades antiguas donde, aun controladas por los varones y en las que se constata un sistema de parentesco patrilineal, las mujeres mantuvieron una posición muy elevada (o, al menos, mucho mayor que en otras sociedades contemporáneas como las espartanas o las escitas), sin que ello implique, necesariamente, un pasado matriarcal. A esa corriente se sumará el famoso sociólogo Tönnies, quien recalca el acceso al poder violento de los hombres por su ventaja

⁷ JORDANOV, 2000: 184. Entre los tracios muchas veces se asoció el culto a la Diosa Madre con la figura de Ares, cuya aparición pudo deberse a ello.

⁸ Teoría que aún hoy avalan otros autores. EHRENBERG, 1989: 63-66.

física (1887: 26-27). No solo eso, sino que destaca que los varones, incluso, disfrutaban de ejercer su superioridad de ese modo y solo se mitigaba en el seno familiar por la «ternura» que les inspiraban sus mujeres. Su «debilidad» les obligaba a ejercer el papel de protectores, lo cual engrandece tanto su sentimiento de poder como el de propiedad privada; aunque no señala por qué antes de alcanzar el poder permitieron ser controlados por el componente social femenino. De ese modo, identifica en las mujeres un sentimiento de opresión al verse en ese estado de control y protección al que han sido sometidas, pero incide en que deben aceptarlo pues se trata de un sistema resultante de la propia naturaleza que ha moldeado físicamente a la raza humana.

Sea como fuere, estos iniciales estudios ligados al conocimiento de la situación de la mujer en la Antigüedad o, incluso, en la prehistoria, darían paso a nuevas categorías de análisis. Nos referimos a los estudios de género que proliferarían, ya desde finales del siglo XIX y principios del siglo XX, en torno a acalorados debates y discusiones entre los tradicionalistas antropólogos victorianos y los defensores de la nueva corriente. Esta acabaría, inicialmente, casi monopolizada por sectores feministas y comunistas para emplearla como arma política, y después como parte del ideario fascista. A partir de los trabajos de Kautsky (*Die Entstehung der Ehe und Familie*, 1881) y más tarde de Engels⁹ (*The Origin of the Family, Private Property and the State*, 1884), todos ellos cambiarían la concepción del matriarcado previo como un paso hacia la estructuración social más desarrollada de Bachofen y otros, a una visión de retroceso hacia una versión menos favorable, que debía emplearse como base para la reacción social y la revolución. Dichos postulados modificarían, incluso, la esencia misma del papel de la mujer en el marxismo, y este incidiría con igual importancia en el mito matriarcal con sus ideas sobre el género y la emancipación de la mujer¹⁰. Se entendía que en esa primera etapa gineocrática no podía denigrarse a la mujer como promiscua¹¹, sino que desempeñaron una labor honorable en todos sus actos y fueron protagonistas de un pasado idílico. Kautsky arremete contra la etapa de hetairismo de Bachofen a cambio de una solución previa al matrimonio monógamo, donde las mujeres se unían a los varones que estas elegían de manera también monógama, a través de acuerdos o alianzas fácilmente solubles (1881: 205). Entendía que en esa etapa previa, más que matriarcado, existiría un sistema de filiación matrilineal desde el cual no se pasó directamente a un patriarcado, sino que cada cultura siguió diversos caminos, alcanzando algunas el patriarcado gracias al desarrollo en ellas de la propiedad privada, otras la poliandria y algunas, incluso, deviniendo en un matriarcado total.

A partir de mediados del siglo XX, los debates pasarían a estar más centrados no en especular acerca del desarrollo social, sino en la organización de la relación entre los sexos desde un punto de vista que deja de lado el determinismo biológico. Sin embargo, incluso en el último cuarto del siglo XX, las voces que siguen esta corriente aún se pronuncian defendiendo que la forma de organización social primigenia estaba estructurada en torno a clanes de filiación matrilineal (Reed, 1975: 13), antes del paso a otros sistemas diferentes. Reed sostiene que la fase del «salvajismo» se desarrolló de forma global entre el 6000-1000 a. C., caracterizada por unas relaciones sociales y sexuales igualitarias sobre la base de la producción y posesión de bienes comunal. La mujer habría ostentado una elevada posición en ellas, en tanto depositarias de la responsabilidad materna que propiciaba la continuidad

⁹ Y sin embargo, en esta obra indicaba que (1884: 218): «La división de trabajo es puramente primitiva [...]. El hombre lucha en las guerras, caza y pesca, consigue las materias primas para alimentarse y los instrumentos necesarios para conseguirlo. La mujer cuida de la casa y la preparación de la comida y la ropa [...] cada maestro en su propia esfera: el hombre en el bosque, la mujer en la casa».

¹⁰ El propio Marx consideraba la promiscuidad de las teorías de Bachofen, Morgan, McLennan y Lubbock como «tonterías», desechando la posibilidad de que ese tipo de situación hubiera propiciado la existencia de parentesco matrilineal. BLOCH, 2010: 46; FLUEHR-LOBBAN, 1979: 344.

¹¹ Algo que los propios griegos defenderían como uno de los elementos que emplearon para justificar la situación social de la mujer en Grecia. KAMPEN, 1996: 154-155.

de la especie y otorgaba la preeminencia del linaje matrilineal, surgido previamente a la imposición de la sociedad patriarcal. Estas teorías, al margen de Bachofen, Bach, Morgan y otros importantes eruditos que trataron la materia, se basan también en obras como la *Griechische Mythologie* de Gerhard (1855). Este ya señalaba a diversas diosas del panteón griego como manifestaciones de una Diosa Madre primordial¹². No fue menos importante la monumental obra de Briffault, *The Mothers...* (1927), donde se señala la importancia social de la mujer, entendida tanto por los miembros femeninos como masculinos que la componen, sobre la base de su destreza para el cuidado y desarrollo de la prole que era necesario respetar y reconocer en su importancia: de esta manera, las mujeres se convertirían en las líderes del desarrollo social hacia estructuras más sofisticadas, abandonando el salvajismo. Sitúan a la mujer como base del desarrollo de la colaboración social, que el comportamiento innato dominante de los machos les habría impedido alcanzar por sí solos e, incluso, las inventoras de la fabricación de las primeras herramientas y las descubridoras del fuego (Reed, 1975: 16-17 y 110). En esta visión, un aspecto importante sería la explicación acerca de cómo pudo realizarse el cambio de los sistemas matriarcales iniciales al patriarcado posterior, que Reed señala asociado al surgimiento de la propiedad privada. Se trata de un relato estrechamente relacionado con la Lisístrata de Aristófanes, la cual decide que para solucionar el caos provocado por el nublado juicio y ansias de poder masculinos, las mujeres deben intervenir para hacer prevalecer la razón, algo, por otro lado, curioso, por cuanto en la sociedad griega la razón era casi patrimonio masculino frente a la naturaleza irracional de la mujer. No obstante, aunque Aristófanes defiende en ella la importancia social de la mujer y su valor, ni siquiera él mismo creía en una solución al conflicto de este tipo, más aún cuando su obra fue concebida como una comedia.

Esta concepción entiende que la relación entre hombres y mujeres estaría determinada por las leyes biológicas y, por ese mismo motivo, no podrían cambiarse. La mujer debía encargarse del hogar, la economía y la prole, pero en una esfera pública, mientras los hombres debían encargarse de obtener alimentos para todos. Cuando esa tarea femenina devino en una situación privada, el parentesco pasó a convertirse en patrilineal. La dificultad para Engels vino a la hora de explicar ese cambio de una situación «idílica» a otra que no lo era tanto, al menos para la mujer. Algo que llama la atención de Bloch, quien le acusa de basarse en los criterios darwinistas de selección natural a pesar de que, en tanto tales, solo permiten entender que cada paso evolutivo tiende a mejorar el momento precedente (2010: 54, 98 y 115). Espoleado, Engels busca resolver el problema mediante una doble causa basada en la producción y la reproducción. El desarrollo del pastoralismo asociado a los varones posibilitó la aparición de excedentes y, con ellos, de riqueza (1884: 118-119 y 220-221), lo cual unido al establecimiento de la institución del matrimonio monógamo, sería aprovechado por aquellos para dar inicio a la «opresión» de la mujer. Solo el fin del capitalismo devolvería a la mujer su papel paritario. Vemos, de nuevo en estas teorías una comprensión del nomadismo muy relacionada con la situación de preeminencia masculina que se ha asociado a los grupos de cazadores-recolectores prehistóricos. Una teoría únicamente basada en el determinismo biológico que, en realidad, no es tan sencillo extrapolar. Ya hemos señalado como en varias sociedades nómadas de la Antigüedad la mujer ostentaba unas prerrogativas impensables en aquellas sedentarizadas o, al menos, en la inmensa mayoría.

Es interesante como, tanto Marx como Engels, se abstuvieron de tratar acerca de la religión prehistórica, muy relacionada con las teorías asociadas a la existencia de una Diosa Madre que hace a las mujeres adoradoras y directoras del culto. Solo Marx señala brevemente que la existencia de diosas poderosas, en los panteones griego y romano, se debe a la memoria femenina en recuerdo de sociedades previas. Su inferior posición en el panteón vino obligada debido a la coacción impuesta

¹² Una opinión que seguirá siendo defendida, incluso siglo y medio más tarde. POMEROY, 1991: 19-20.

por la nueva situación patriarcal, y representaban el anhelo femenino de una mejor posición social una vez alcanzaran el Más Allá (Krader, 1974: 14).

Marx no tenía tanta confianza en el papel social de la mujer como tendría Engels. Era consciente de la importancia del apoyo femenino a sus ideas, sobre todo tras la publicación de *Die Frau und der Socialismus* por el líder obrero alemán Bebel. Este, más que poner el foco en el pasado de la mujer, enfatizaba su papel para cambiar la situación actual. Si el capitalismo las mantenía oprimidas, el socialismo las liberaría, incluso defendiendo la promiscuidad primitiva (Eller, 2011: 105). Su testigo fue recogido por otros socialistas de Francia, como Lafargue (*La Propriété, Origines et Evolution*, 1895), que nuevamente destaca la importancia femenina en la prehistoria, también a nivel religioso.

La Primera Ola

Contra todo pronóstico, el discurso feminista, del que los primeros líderes comunistas se erigieron en defensores, tardó en calar entre el sector social afín a sus ideas en Europa, incluso entre las mujeres, y aun a pesar de que ya a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX los postulados de Olimpia de Gouges y Mary Wollstonecraft habían marcado la senda mucho antes, desde la Revolución francesa. Solo pequeños grupos de feministas activos en Inglaterra y EE.UU. lo utilizarían y popularizarían para convertirlo en parte del origen de los postulados igualitarios y participación femenina en el ámbito político que defendería la llamada Primera Ola feminista del siglo XX, hasta lograr avances como la Decimonovena enmienda a la Constitución americana, que permitía el sufragio femenino.

Esta victoria favorecía enormemente los derechos políticos de la mujer y auguraba nuevos cambios hacia una participación aun más relevante en los proyectos nacionales del momento, venciendo la reticencia surrealista de una parte de la población masculina que entendía este paso como el inicio hacia una sociedad regida por la perspectiva feminista, al estilo de los postulados teóricos matriarcalistas sobre las sociedades prehistóricas aún muy presentes en el imaginario colectivo. No obstante, esta victoria no ayudó a fortalecer los movimientos de demanda por los derechos de las mujeres, sino que comenzaron a surgir nuevas corrientes ideológicas, en muchos casos rupturistas entre ellas, debido a la dificultad para reorganizar el discurso hacia otras reivindicaciones que habían quedado relegadas frente al sufragismo. En ese contexto, la importancia que dieron al análisis de la situación de la mujer prehistórica fue secundario. Sus predecesoras de finales del siglo XIX estuvieron más interesadas en ello, aunque eran menos numerosas (Eller, 2011: 123). Algunos grupos europeos (Groupe Français d' Études Féministes) y figuras americanas (como las sufragistas Cady Stanton, Joslyn Gage o Burt Gamble, aceptaron y defendieron las teorías de Bachofen, pero otras lo criticaron (como la esposa de Webber, Marianne, en su obra *Ebefrau und Mutter in der Rechtsentwicklung* (1907); mientras que las feministas inglesas optaron por seguir a Engels y Bebel¹³, y las socialistas continentales se decantaban por las más ya retrógradas nociones de Morgan o las teorías de antropólogos británicos como McLennan.

Con el tiempo, este primer movimiento incluiría en su discurso la importancia del ámbito religioso. Desde la primacía del culto a la Gran Diosa (Joslyn, 1893: 42), o de deidades femeninas en religiones politeístas prehistóricas (Stanton, 1891: 5, Gamble, 1894: 58-59), se pasaría a otras opciones protagonizadas por deidades masculinas que propiciaron el cambio del matriarcado al patriarcado (centrándose, principalmente en Yahvé, y olvidando a las culturas clásicas también politeístas solo

¹³ Líder socialdemócrata alemán para quien sin la independencia social y la igualdad de sexos la humanidad no podría alcanzar la «liberación». LOPES, y ROTH, 2000: 7.

para mencionar que el papel femenino de sus deidades era reflejo de esa primacía anterior). Decidieron basar su defensa del matriarcado prehistórico en la teoría darwinista de la selección sexual (aun a pesar de la propia opinión del naturalista inglés acerca de la superioridad natural masculina), a quien hacen responsable de los rasgos adaptables y específicos sexuales (mientras que la teoría de la selección natural afecta a ambos sexos a la vez).

En ese contexto, la lucha se produce entre los miembros de un mismo sexo por ganar la oportunidad de perpetuarse, en detrimento de sus oponentes que, imposibilitados, terminarán por extinguirse. Estas feministas de la Primera Ola se centraron en el papel decisor de la hembra en cuanto a elegir a su pareja, ejemplo para ellas del control femenino del proceso evolutivo (Gamble, 1894: 29). Desecharon las teorías que abogaban por la promiscuidad femenina prehistórica, calificándola de «fantasías masculinas». Entendían que, en realidad, el sistema social existente se basaba en el dominio femenino a través de relaciones monógamas mesuradas. El problema, como sucedió con Engels, era explicar cómo de una situación tan idílica se pasó al dominio patriarcal masculino, es decir, de una sociedad perfecta a una menos desarrollada o, al menos, donde la mujer perdía ese papel predominante. Los intentos por tratar tal cambio fueron poco fructíferos, hasta el punto de únicamente señalar que el evolucionismo no siempre debía entenderse como el cambio constante de un estadio inferior a otro superior.

El nuevo periodo de dominación masculina suponía, sobre todo, un retroceso que solo podía explicarse a través de una imposición por la fuerza, que desembocaría en la esclavitud femenina y los matrimonios por captura, donde el temor de las mujeres a ser víctimas les llevó a plegarse a la protección masculina (Stanton, 1891: 6). McLennan defendió esta teoría, acerca del secuestro de mujeres entre los grupos prehistóricos, veinte años antes. Esta habría generado reminiscencias en sociedades de la antigüedad a través de simulacros de combates producidos en ceremonias matrimoniales, la entrega de dotes, etc., que podrían encontrar reflejo en acciones como las llevadas a cabo en sociedades como la espartana o en mitos como algunos de los protagonizados por Teseo en Grecia¹⁴, así como el rapto de las sabinas en la mitología romana¹⁵.

Poco después, Lubbock (*The Origin of Civilisation*, 1870) tomaría también muchas de las ideas de McLennan, como el matrimonio por captura (ampliándolo incluso dentro de la propia tribu), para determinar un proceso de desarrollo social que partió de la promiscuidad hacia el matrimonio monógamo. A través de un proceso evolucionista que necesitó de milenios, los grupos humanos habrían entendido la mejora que supondría un mejor ordenamiento de la sociedad, a través de la adopción de la patrilinealidad sobre la matrilinealidad, del matrimonio monógamo y de la propiedad privada sobre la comunal. Para ello era necesario descartar la idea de Bachofen acerca de un proceso acaecido tras un conflicto violento entre géneros (1870: 158-159), pues entendía que ya en esa etapa anterior las mujeres no gozaban de preeminencia social alguna, sino todo lo contrario. No obstante, matiza al indicar que los varones llevaron a cabo ese proceso no porque debieran hacerlo, sino porque podían en base a su superioridad física, idea que también expresó Maine en 1861.

Sorprendentemente, cuando en 1890 Frazer publicó su primera edición de *The Golden Bough: A study in Magic and Religion*, optó por no pronunciarse en el acalorado debate sobre la ginecocracia prehistórica. Una omisión que pronto subsanaría en las sucesivas ediciones, donde quiso destacar la importancia de la matrilinealidad en el parentesco, aunque negando que las mujeres hubieran detentado el poder en algún momento de la prehistoria. La misma negación aplicó a la existencia

¹⁴ APOLLOD. *Epit.* 1. 16.

¹⁵ DION. HAL. *Rom. Ant.* 2. 30.

de un culto a la Diosa Madre exclusivo en aquellas sociedades (Eller, 2011: 96). De un modo similar, Burnett Tylor, considerado como el fundador de la antropología moderna, comenzó a interesarse por el mito matriarcal en 1889, tiempo después de publicar su *Primitive Culture* (1871). En ella desarrolló su Teoría de las Supervivencias, en la que defiende que las culturas retienen elementos tradicionales (folclore) basados en el hábito y que se mantienen a pesar de los cambios culturales, permitiendo conocer aspectos de su pasado más primitivo (1871: 16-17). Siguiendo a McLennan y Bachofen, Tylor escribió *On a Method of Investigating the Development of Institutions* (1889) y *The Matriarchal Family System* (1896), donde aceptaría la propuesta evolutiva del paso del linaje matrilineal al patrilineal (1889: 5-7). De esta forma, sitúa al primero como el originario para la especie humana, a partir del cual las distintas sociedades desarrollaron varios sistemas de parentesco. Algunas lo perpetuaron y otras muchas, al mismo tiempo, habían pasado a un sistema patrilocal, claramente surgido de aquel, probablemente tras un periodo de transición en que los varones se impusieron a las mujeres, nuevamente quizá de manera violenta.

Por su parte, Spencer (*Principles of Sociology*, 1898) se opuso a la consideración de basar el motor de los cambios sociales en el desarrollo de la inteligencia humana, para depositarlo en el principio de selección natural darwinista, lo cual suponía un elevado grado de determinismo social. Como es lógico, atribuyó la superioridad masculina a causas biológicas evolutivas graduales, que permitieron a los varones «liberarse» de la dominación femenina (Young, 1990: 151). A pesar de ello, Spencer estaba seguro de que en la prehistoria la diferenciación biológica sexual no había sido tan marcada, ni mental y ni físicamente, como lo sería después. La función reproductora femenina habría propiciado que su desarrollo evolutivo biológico se detuviera antes que el masculino, para adaptarse a esa necesidad básica (en alusión clara a la teoría de la herencia de características adquiridas de Lamarck). De ese modo, los varones siguieron desarrollándose hasta alcanzar la capacidad necesaria para situarse en la cúspide de la organización social. Desde ese momento, ya no solo el determinismo biológico, sino también la presión cultural se encargarían de afianzar y perpetuar una situación que pronto devendría en opresión y abuso. Las mujeres, entonces, tuvieron que aprender a sobrevivir en ese marco, desarrollando características como el «deseo de aprobación» o la «capacidad de engañar», que con el tiempo se sumarían al acervo genético femenino transmitido hasta, de alguna manera, «programar» su servilismo (1898: 221, 645-646).

Así, a pesar de esos esfuerzos iniciales, la Primera Ola feminista no logró alcanzar grandes apoyos, tanto intelectualmente como numéricamente, de manera que la llama fue apagándose hasta que fue reavivada con la Segunda Ola. Sus postulados partieron de una nueva lectura y énfasis en los autores del siglo XIX que escribieron acerca del mito del matriarcado prehistórico y la adoración prioritaria a una Gran Diosa. Buscaron, en ellos, pruebas físicas que defendieran su existencia, a través de otras disciplinas como la arqueología. Obras como la de F. A. Wright, quien ya durante la Primera Ola publicó su *Feminism in Greek Literature* (1921), fueron reeditados en 1969, quien, influida por el pensamiento de aquel momento, defendía que la desaparición de la cultura griega se debió al tratamiento que estos daban al sexo femenino (1921: 1), al mismo tiempo que negaba la misoginia atribuida a Eurípides, calificando sus comentarios de irónicos, que buscaban generar el efecto contrario¹⁶.

Bennet (1912: 76), una de las primeras que relacionó todo ello extensamente con el mito amazónico, incidió en que este habría surgido a raíz de la existencia cierta de sociedades matriarcales entre los habitantes prehelénicos de la Grecia continental, sugiriendo incluso un posible origen

¹⁶ Algo que otros autores ponen en duda, pues las opiniones similares de los contemporáneos del poeta negarían esa posibilidad. LAURIN, 2005: 23-27.

cretense. No solo eso, llegó a destacar la relación de las amazonas con el culto a la Gran Diosa, relacionándolas con el templo de Éfeso (1912: 31)¹⁷, a través del culto a Cibeles que les hizo profesar y que entronca con la Madre Tierra (1912: 18) sobre la base del relato de Apolodoro (*Argonáuticas* 1160-1170) donde menciona el culto que llevaban a cabo alrededor de una gran piedra que la autora relaciona con la piedra negra de Pesimonte. En ese mismo momento, Cadogan Rothery (1910: 12) quiso aportar una explicación alternativa y alejada de la propia mitología amazónica sobre su carácter guerrero, relacionándolas con las etapas de la evolución humana donde señala que muchas sociedades primitivas estuvieron controladas por sacerdotisas que actuaban también como líderes del grupo y por ello habrían tenido funciones militares. Sin embargo, no existen pruebas de la existencia de tales culturas así organizadas y el propio autor señaló que grupos de amazonas se habrían asentado en Tesalia donde, momentáneamente, habrían tratado de recrear su sistema social, pero con leyes más laxas que con el tiempo habrían conllevado su regreso al modo de vida tradicional y patriarcal al mezclarse con las poblaciones circundantes (1910: 39), lo que reflejaría una tendencia hacia este sistema.

Contemporáneo de este, Leonhard¹⁸ (1911: 136), buscando veracidad en Homero, relacionó a las amazonas con los hititas, ya que el territorio en el que se las ubicaba habría estado bajo su control en época pretérita, intentando demostrar que en realidad el mito de las mujeres guerreras se habría fundamentado en esa sociedad a la que tacha de matriarcal¹⁹. Sin embargo, señala que no se trataba en realidad de féminas, sino de hombres que habrían mantenido la costumbre de afeitarse²⁰ y dejar largo el cabello, lo que habría facilitado que se identificaran erróneamente por otros pueblos. Las asocia al culto a la Diosa Madre a través de sacerdotes / guerreros castrados²¹ y de aspecto andrógino que habrían sido los verdaderos generadores del mito, y que otros autores relacionan con los enareos de Heródoto (1,105. 4, 67), adivinos andróginos escitas de condición hereditaria y pertenecientes a la clase aristocrática que portaban vestidos de mujer, tenían maneras femeninas, hablaban «como las mujeres» y gozaban tanto de influencia como de prestigio. Esta teoría hoy se muestra inverosímil, simplemente porque se ha demostrado que la sociedad hitita no era matriarcal y que en los restos hallados de esta cultura no se muestran elementos que claramente puedan ser relacionados con las amazonas. Su teoría ya fue rebatida poco después por Reinach (1913: 277-307), para quien su origen podría estar relacionado tanto con los hititas como con los tracios o los cimerios, mostrándose las amazonas como el producto de tradiciones orientales diversas que los griegos habrían recogido a su manera.

Mucho más tarde, Cantarella (1987: 13) sostenía que el matriarcado habría florecido entre el

¹⁷ Donde existieron cuatro esculturas de amazonas realizadas por los mejores escultores griegos del siglo V a. C. (PLINIO, HN. 34. 53).

¹⁸ Opinión compartida por otros autores. SAMUEL, 1979: 113-120.

¹⁹ Hecho poco avalado hoy en día y desmentida por Gurney (1990: 103), para quien era patriarcal en base al ascendiente que disfrutaban los varones sobre mujeres e hijos, aunque reconoce que estas disfrutaban de algunos privilegios que pudieran ser reflejo de un sistema matriarcal mucho más arcaico y que los reyes hititas sí que mantenían un sistema de sucesión matrilineal.

²⁰ SOBOL, 1972: 121. Acepta esta posibilidad indicando que entre los hititas lo común era no llevar barba, al contrario que los griegos donde era muestra de virilidad y su ausencia de feminidad. Esta costumbre se habría mantenido entre los hititas hasta el siglo XII a. C. en que por su contacto con los griegos de la costa de Asia Menor comenzaron a aceptar la costumbre de dejarse la barba como reflejan sus obras posteriores. Así, los griegos, que en aquella época se adentraron en Asia Menor para establecerse escapando de los dorios podrían haberse encontrado con hititas imberbes y de esos primeros contactos haber surgido el mito de las amazonas. Algo similar proponen otros autores, indicando que el origen de las amazonas se hallaría en contactos muy arcaicos entre griegos y algún tipo de tribu mongoloide de aspecto imberbe y armados con los arcos típicos que habrían luchado contra aquellos acompañados de sus mujeres. BISSET, 1971: 150.

²¹ Algo que ya postulaba Creuzer en 1819 (*Symbolik und Mythologie*) asociándolos a la antítesis de lo que representó la Prostitución Sagrada. Este mantuvo una discusión enconada y tradicional con otro importante autor de la época, Muller (*Geschichten hellenischer Stamme und Stddte*, II. Die Dorier, 2 vols, 1824), para quien las amazonas habrían tenido un origen asociado a las hieródulas, frente a la abstinencia sexual que defendía Creuzer en cuanto a su asociación con el culto a la Diosa Madre.

12000-6000 a. C., siendo la estructura social típica del Neolítico e incluso más allá de la Edad del Bronce, aun cuando se tratara ya solo de una fuerte presencia femenina en la sociedad y la religión, más que de un matriarcado. Wilde (1999: 16) ofrece una explicación a la aparición de los matriarcados, que extiende hasta entre el 700-400 a. C., al indicar que el promedio de vida de los hombres era de 45 años y el de las mujeres de solo 35, por el hecho de que muchas morirían en el parto o sobre la base de la tradición de la exposición de las niñas recién nacidas; de forma que el porcentaje de mujeres en estas sociedades habría llegado a ser tan bajo, en relación con los hombres, que por propio instinto de supervivencia estas habrían comenzado a ser más protegidas por los varones, hasta alcanzar la preeminencia social. Del mismo modo, la historiadora J. Hawkes en 1968, aún defendía que la mayor importancia de la mujer en la religión prehistórica pudo estar relacionada con una posición similar de preeminencia en otros ámbitos culturales (1968: 6).

Un hito importante, que no debemos olvidar, es el avance que supuso para el conocimiento de la historia el abandono de la Biblia como documento histórico, y la estimación del inicio de la raza humana *ca.* en el 6000 a. C. La existencia de una línea temporal humana previa y tan vasta permitió, desde mediados del siglo XIX, elaborar y dar capacidad de verosimilitud a las más variadas teorías. Al mismo tiempo, hizo comprender a los intelectuales que lo que sabíamos sobre la historia no alcanzaba más allá que la última de las hojas de un árbol inmerso en un espeso bosque. Nada se conocía, a ciencia cierta, de lo que en aquel enorme espacio de tiempo aconteció a la raza humana, por otro lado, inmensamente más amplio con respecto al periodo posterior a la aparición de la historia escrita. En ese vasto banco de niebla se pretendía insertar el modelo de las etapas del hombre, en el cual el salvajismo y la barbarie ocuparían casi la totalidad del tiempo. En ese momento, la antropología social tendió a utilizar el método comparativo para establecer las semejanzas que identificaron en los distintos pueblos de la Antigüedad, elaborando así la teoría difusionista. Sin embargo, casi tan sorprendente como el propio mito matriarcal, lo fue la historia de su propia existencia.

El fervor con el que los antropólogos británicos o los socialistas / comunistas lo abrazaron, durante la segunda mitad del siglo XIX, fue tan sorprendente como lo sería su paulatino abandono desde comienzos del siglo XX. Sus defensores nunca desaparecerían (prueba de ello son los trabajos de Sidney Hartland y Briffault), pero el asombro y la admiración iniciales donde antropólogos críticos no encontraron apoyos les espoleó a realizar un exhaustivo trabajo de revisión metodológica que apoyaron en nuevos descubrimientos etnográficos. Desde 1890, esos esfuerzos darían paso a un relativismo cultural donde el mito del matriarcado prehistórico no parecía encontrar cabida (Eller, 2011: 163-164). Uno de ellos fue Lowie quien, como otros muchos, arremetió contra el evolucionismo cultural y negó la posibilidad de un papel predominante de la mujer en el matrimonio, en ningún momento de la historia (1920: 171 y 186). Le seguirían Boas (quien, si bien en un primer momento sus estudios de campo sobre los Kwakiutl de Canadá le llevaron a defender la teoría matriarcal, en 1895 su investigación hizo que cambiara de opinión, hasta convertirlo en un gran crítico de la antropología evolutiva) o Bastian. Entre ellos Starcke (*The Primitive Family in Its Origins and Development*, 1889) dudaba seriamente de la existencia de un periodo gineocrático en la historia de la humanidad (1889: 255), pues entendía que toda la prehistoria estuvo controlada por los varones en función de una superioridad física reconocida a nivel grupal. También Westermarck (*History of Human Marriage*, 1891) sería quien, a la postre, consiguió que en Inglaterra y EE.UU. el mito del matriarcado quedara relegado. Si bien admitía la posibilidad de distinguir momentos en la prehistoria donde pudo primar la matrilinealidad, en ningún caso ello supuso la extensión de la predominancia femenina hacia otras áreas (1891: 276). Finalmente, Durkheim sería otro de los opositores a la existencia en algún momento de un tipo de matrimonio colectivo entre grupos de hombres y mujeres, menos aun que pudiera existir en todas las sociedades prehistóricas al mismo tiempo (1980: 184). Los nuevos antropólogos culturales sintieron la necesidad de abandonar tales teorías, las cuales pasarían a conformar parte del debate de otras disciplinas. Era el momento de arqueólogos, historiadores y muchos otros ámbitos como la poesía o la psicología, aunque ya en un segundo plano del debate

científico. En su seno se reinterpretaría el mito del matriarcado desde otros puntos de vista ideológicos. Escuelas como la de Jung tratarán el tema de la Gran Diosa Madre desde perspectivas asociadas a la psique individual, tras analizar los relatos mitológicos clásicos. Es el caso de su discípulo, Neumann (*The Great Mother*, 1955), quien la entendía como una creación simbólica del ser humano como respuesta a su vínculo materno. Carecía de consideración real asociada a lo religioso, pues se trataba solo como constructo mental donde la materialización de sus características varía en función de la percepción individual (buena madre protectora, mala madre castigadora, etc.). Sin embargo, no descartaría que este arquetipo alcanzara el rango de deidad en tiempos pretéritos, pero sí que lo hiciera con unas características como las que se asocia a diosas como Artemisa o Atenea (Pomeroy, 1991: 28), si bien estas pudieron surgir como desarrolla de la/las anteriores deidades más primigenias y de características más generales.

En este punto no podemos dejar de mencionar la aportación de Gimbutas (*The goddesses and gods of Old Europe. 6500-3500 BC. Myths and cult images*, 1982), donde defendía la preeminencia social femenina y el culto a la Diosa como origen generador de todo, señas de identidad de la cultura preindoeuropea, recogiendo y reformulando gran parte del bagaje teórico ya planteado desde finales del siglo XIX. Estos postulados alentaron de nuevo el interés por la existencia de una fase matriarcal común a la historia humana entre muchas intelectuales feministas, fundamentándose, a su vez, en las teorías de Bachofen, convirtiendo los relatos míticos amazónicos en reminiscencias de esa situación que pervivieron en el acervo cultural de determinadas sociedades a través de su tradición mítica. No obstante, al contrario de lo que podríamos pensar, feministas y mujeres socialistas de Europa y EE.UU. también perdieron el interés en esta base ideológica, probablemente pensando que su desacreditación por la nueva antropología restaría credibilidad a quienes trataran de defenderlas y ello afectaría la consideración alcanzada. Como remanente de ese interés solo quedaron sus homologas soviéticas y chinas, así como pequeños círculos femeninos burgueses en occidente (Eller, 2011: 168). El surgimiento, a mediados del siglo XX, de la Nueva Etnografía en EE.UU., dentro de la antropología cultural, supuso una mayor rigurosidad en cuanto a los criterios de descripción y análisis etnográfico, basados en la lingüística. Se iniciaba la oposición frente la posibilidad de modelos de desarrollo evolutivo universales. Su impacto sobre el mito del matriarcado significó afianzar la negación de su existencia histórica, así como la de grupos promiscuos o matrimonios colectivos de los cuales no existen pruebas empíricas fiables y determinantes. Neumann (1955: 51) defendía la existencia del culto a la Diosa Madre ya en sociedades preagrícolas, situando como ejemplo las estatuillas a las que llamamos «Venus», mientras que otros como Leroi-Gourhan (1964: 31-33) defendían también la importancia que el elemento femenino tenía ya en las sociedades prehistóricas a través del significado simbólico que intuyó en muchas de sus pinturas.

Poco después de publicarse la obra de Gimbutas, sería Gerda Lerner (*La creación del Patriarcado*, 1986) quien contribuiría a ello negando la posibilidad de una supuesta época histórica matriarcal, generalizada, idealista y determinista, que se apoyaba en el análisis de estatuillas femeninas asociadas a la Diosa Madre, defendiendo que las tareas asignadas por roles en las sociedades cazadoras-recolectoras resultan igualmente indispensables para la supervivencia del grupo, abandonando la idea de «subordinación» por la de «complementariedad», a pesar de la diferencia de estatus entre hombres y mujeres. Comenzó a cobrar fuerza la defensa ante la posibilidad de existencia de grupos donde el parentesco se basó en la matrilinealidad, pero con unas características que poco o nada tenían que ver con lo expuesto por los antropólogos evolutivos, puesto que dichas sociedades mostraban niveles de desarrollo superiores a los de otras donde un régimen patriarcal era constatable.

El mito del matriarcado había recibido un golpe mortal (Divale, 1984: 2), a través de postulados que parecían adaptarse mejor a la realidad histórica conocida, aunque aun contaba con defensores. Colarusso (1989: 650) mantenía la defensa de que el mito amazónico habría llegado a los griegos como un préstamo de antiguas tradiciones circasianas que habrían sido conocidas a través de los

puertos comerciales griegos situados en el mar Negro y donde se asociarían con la figura divina de la «Madre del Bosque», relacionada con la Gran Diosa. En este sentido, Jaimoukha (2001: 164-165) señala que el pueblo circasiano se habría desarrollado partiendo de un sistema matriarcal hacia otro patriarcal, basándose en la pervivencia de costumbres, como la del matrimonio exogámico, que de otro modo serían difícilmente explicables. Sin embargo, el matrimonio exogámico no tiene nada que ver con lo matriarcal, es una forma de enlace muy común, entre otras cosas para evitar problemas reproductivos y afianzar lazos de solidaridad. Es posible que ambos recordaran la obra de Kovalevsky (1893: 272), quien ya indicaba que en la zona del Cáucaso existía una antigua leyenda según la cual hubo un enfrentamiento entre las amazonas y los circasianos que se saldó con una entrevista entre la reina de las amazonas y el príncipe Toulmey durante varias horas en su tienda, acabando con su matrimonio, la firma de la paz entre ambos pueblos y el fin del matriarcado. Muy relacionado con ello, otros autores como Larson-Greek (1995: 113), seguirían a Bennett incidiendo en la relación de estas historias amazónicas con un eje central en la figura de Ares, relacionado con su actitud guerrera como herencia de su ascendiente masculino, más que por iniciativa propia, quizá como forma de recordar las teorías de Bachofen o Hellwald.

Conclusión

Sea como fuere, a lo largo de más de dos siglos, la idea del matriarcado en las sociedades primitivas se ha convertido en uno de los más importantes retos para el pensamiento moderno, ocupando los debates de los antropólogos, filósofos, historiadores, etnógrafos, etc. más ilustres de todo el mundo. Tan largo ha sido su recorrido, que tanto sus posibilidades y ramificaciones como también su influencia ha incidido de manera esencial en el estado actual de los estudios de género, contribuyendo a desarticular o, al menos, poner en duda las teorías deterministas androcéntricas que pretendían justificar la construcción social a partir de la distinción de roles de género, hacia una mayor importancia del contexto sociocultural y del papel que en este juega la relación entre géneros. Ello afecta a todos los aspectos de la existencia humana, como la sociedad, la relación entre los sexos, al sexo en sí mismo, la religión, la política, el arte, la descendencia, etc. relacionados con la historia de la humanidad. En ello, muchas veces la idea del patriarcado casi alcanzó el grado de ser considerada como el «Otro», papel que se invertiría, ideológicamente hablando.

A finales del siglo XX los planteamientos feministas que surgieron y se desarrollaron a partir del socialismo teórico recibieron nuevas influencias, como las nacidas en el posestructuralismo, que darían paso a planteamientos como el feminismo posmoderno o poscolonial, entre otros, donde se reactivaría de nuevo el interés por el papel de la mujer en el pasado a través de nuevas propuestas disciplinarias como la arqueología de género que completaba el uso del deconstructivismo lingüístico en el ámbito teórico y lo aplicaba también a los restos materiales.

Bibliografía

- BABEL, A. (1893): *Die Frau und der Socialismus: die Frau in der Vergangenheit, Gegenwart und Zukunft*. Stuttgart: J. H. W. Dieck.
- BACHOFEN, J. J. (1861): *Das Mutterrecht: eine Untersuchung über die Gynaiokratie der alten Welt nach ihrer religiösen und rechtlichen Natur*. Stuttgart, Verlag von Kraiss und Hoffmann.
- (1988): *Mitología arcaica y derecho materno*. Barcelona: Anthropos.
- BENNETT, F. M. (1912): *Religious cults associated with the amazons*. New York: Columbia Univ. Press.
- BISSET, K. A. (1971): «Who Were the Amazons?», *Greece & Rome*, Second Series, vol. 18, n.º 2, pp. 150-151.

- BLOCH, M. (2010): *Marxism and Anthropology*. London: Routledge.
- BLUNDELL, S. (1995): *Women in Ancient Greece*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- BRIFFAULT, R. (1927): *The Mothers: a study of the origins of sentiments and institutions*. London: New York George Allen & Unwin, the Macmillan Co.
- BURKERT, W. (1977): *Griechische Religion der archaischen und klassischen Epoche*. Stuttgart: Kohlhammer.
- CADOGAN ROTHERY, G. (1910): *The amazons in antiquity and modern times*. London: Francis Griffiths.
- CANTARELLA, E. (1987): *Pandoras Daughters. The Role and Status of Women in Greek and Roman Antiquity*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- COLARUSSO, J. (1989): «Myths from the Forests of Circassia». *The World & I*. Washington D. C.: Washington Times Publishing Corporation, pp. 644-651.
- CREUZER, F. (1819): *Symbolik und Mythologie der alten Völker*. Volume II. Leipzig: Heyer und Leske.
- DARGUN, L. (1886): *Mutterrecht und Raubebe und ihre Reste im germanischen Recht und Leben*. Breslau: K. Koebner.
- DURKHEIM, E. (1980): *Contributions to l'Année Sociologique*. New York: Yash Nandan.
- DIVALE, W. (1984): *Matrilocal Residence in Pre-Literate Society*. Ann Arbor, Mich.: UMI Research Press, U.S.
- ELLER, C. (2011): *Gentlemen and Amazons: The Myth of Matriarchal Prehistory, 1861–1900*. Berkeley: University of California Press.
- ENGELS, F. (1884): *The Origin of the Family, Private Property and the State*. Hottingen-Zuric: Swiss Co-Operative Printing Association.
- EHRENBERG, M. (1989): *Women in Prehistory*. London: British Museum Press.
- FERGUSON, A. (1767): *An Essay on the History of Civil Society*. Edimburgh: T. Cadell.
- FLUEHR-LOBBAN, C. (1979): «A Marxist reappraisal of the matriarchate», *Current Anthropology*, vol. 20, n.º 2, pp. 341-360.
- FOURIER, C. (1808): *Théorie des Quatre Mouvements et des destinées générales*. Leipzig [s.n.].
- FRAZER, J. G. (1890): *The Golden Bough: a Study of Magic and Religion*. Auckland: Floating Press.
- GAMBLE, E. B. (1894): *Evolution of Woman, an inquiry into the dogma of her inferiority to man*. New York: G. P. Putnam's sons.
- GERHARD, E. (1855): *Griechische Mythologie*. Berlin: Reimer.
- GIMBUTAS, M. (1982): *The goddesses and gods of Old Europe. 6500-3500 BC. Myths and cult images*. Berkeley: University of California Press.
- GURNEY, O. R. (1990): *Los hititas*. Barcelona: Laertes.
- HARRISON, J. E. (1912): *Themis, a study of the social origins of Greek religion*. Cambridge: Cambridge Univ. Press.
- HARTLAND, E. S. (1922): *Primitive Law*. London: Methuen.
- HAWKES, J. H. (1968): *Dawn of the Gods*. New York: Random House.
- HELLIWALD, F. (1888): *Die menschliche Familie nach ihrer Entstehung und natürlichen Entwicklung*. Leipzig: Ernst Günthers Verlag.
- HOBBS, T. (1651): *Leviathan or the Matter, Forme, & Power of a Common-wealth Ecclesiastical and Civil*. London: Andrew Crooke, at the Green Dragon.
- JAIMOUKHA, A. (2001): *The Circassians: A Handbook*. New York: Palgrave and Routledge.
- JORDANOV, K.; ALEXANDER, F., y POROZHANOV, K. (2000): *Ancient Thrace*. Sofia: Bulgarian Academy of Sciences Press.
- JOSLYN GAGE, M. (1893): *Woman, Church and State: a historical account of the status of woman through the Christian ages: with reminiscences of the matriarchate*. Chicago: Charles H. Kerr.
- KAUTSKY, K. (1881): *Die Entstehung der Ehe und Familie*. Stuttgart: Kosmos.
- KAMPEN, N. B. (1996): *Sexuality in Ancient Art*. Cambridge and New York: Cambridge University Press.
- KLUGMANN, A. (1870): «Ueber die Amazonen in den Sagen der kleinasiatischen Städte», *Philologus* 30/4, pp. 524-556.
- KOVALEVSKY, M. (1893): «La famille matriarcale au Caucase», *L'Anthropologie*, vol. 4, pp. 259-278.
- KRADER, L. (1974): *The Ethnological Notebooks of Karl Marx*. Assen: Van Gorkum.
- LACEY, W. K. (1968): *The Family in Classical Greece*. Ithaca: Cornell University Press.

- LAFARGUE, P. (1895): *La propriété: origine et évolution*. Paris: Delagrave.
- LAFITAU, J. F. (1974): *Customs of the American Indians compared with the Customs of Primitive Times*. Toronto: William N. Fenton, Elizabeth L. Moore. Traducción del original de 1724.
- LARSON-GREEK, J. (1995): *Heroine Cults*. Wisconsin: University of Wisconsin Press.
- LAURIN, J. (2005): *Women of Ancient Athens*. Victoria BC: Tafford Publishing.
- LEONHARD, W. (1911): *Hetbiter und Amazonen. Die griechische Tradition über die «Chatti» und ein Versuch ihrer historischen Wertung*. Leipzig: B. G. Teubner.
- LERNER, G. (1986): *The creation of patriarchy*. New York, Oxford: Oxford University Press.
- LEROI-GOURHAN, A. (1964): *Les religions de la Préhistoire: Paléolithique*. Paris: Presses Universitaires de France.
- LIPPERT, J. (1884): *Die Geschichte der Familie*. Stuttgart: Verlag von Ferdinand.
- (1886): *Kulturgeschichte der Menschheit in Ibrem Organischen Aufbau*. Stuttgart: Enke.
- LOPES, A., y ROTH, G. (2000): *Men's Feminism: August Bebel and the German Socialist Movement*. New York: Humanity Books.
- LOWIE, R. H. (1920): *Primitive Society*. New York: Boni and Liveright.
- LUBBOCK, J. (1870): *The origin of civilisation and the primitive condition of man*. New York: D. Appleton and company.
- MAINE, S. (1861): *Ancient Law*. Toronto: J. M. Dent.
- MORGAN, L. H. (1877): *Ancient Society*. Chicago: Charles H. Kerr.
- MULLER, K. O. (1824): *Geschichten hellenischer Stamme und Städte, II. Die Dorier*. 2 vols. Breslau: Verlage.
- NEUMANN, E. (1955): *The Great Mother. An analysis of the archetype*. New Jersey: Princeton University Press, Bollingen Series.
- PEMBROKE, S. (1965): «Last of the Matriarchs: a Study in the Inscriptions of Lycia», *JESHO*, 8, pp. 217-247.
- POMEROY, S. B. (1991): *Diosas, rameras, esposas y esclavas. Mujeres en la Antigüedad Clásica*. Madrid: Akal.
- REED, E. (1975): *Woman's Evolution, from matriarchal clan to patriarchal family*. New York: Pathfinder Press.
- REINACH, A. (1913): *L'origine des Amazones*. Revue de l'histoire des religions, In-8°, 31 p. Paris: E. Leroux.
- SAMUEL, P. (1979): *Amazonen, Kriegerinnen und Kraftfrauen*. München: Trikont-Verlag.
- SOBOL, D. J. (1972): *The Amazons of Greek Mythology*. New York: A. S. Barnes.
- SPENCER, H. (1898): *Principles of Sociology*. New York: D. Appleton and Company.
- STANTON, E. C. (1891): «The Matriarchate, or Mother-Age», address to National Council of Women of the United States, Washington, in *Transactions of The National Council of Women of the Unites States* (Philadelphia, J. B. Lippincott), pp. 218-227.
- STARCKE, C. N. (1889): *The primitive family in its origin and development*. New York: Appleton.
- TÖNNIES, F. (1887): *Community and Civil Society*. Oxford: Jose Harris.
- TYLOR, E. B. (1871): *Primitive culture: researches into the development of mythology, philosophy, religion, language, art, and custom*. London: Murray.
- (1889): «On a Method of Investigating the Development of Institutions; Applied to Laws of Marriage and Descent», *The Journal of the Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, vol. 18, pp. 245-272.
- (1896): «The matriarchal family system», *Nineteenth century*, vol. 40 (july-december), pp. 81-96.
- WEBBER, M. (1907): *Ehefrau und Mutter in der Rechtsentwicklung, eine Einführung*. Tübingen: J. C. B. Mohr.
- WEBSTER WILDE, L. (1999): *On the Trail of the Women Warriors: The Amazons in Myth and History*. New York: St. Martin's Press.
- WRIGHT, F. A. (1921): *Feminism in Greek literature from Homer to Aristotle*. London: Routledge.
- WESTERMARCK, E. (1891): *The History of Human Marriage*. London: McMillan.
- YOUNG, R. M. (1990): «Herbert Spencer and inevitable progress». G. Marsden, ed. *Victorian Values*. Longman.
- ZIMMER, H. (1898): *Matriarchy among the Picts*. Edimburgh: Norman Macleod.
- ZMIGRODSKI, M. (1886): *Die Mutter bei den Völkern des Arischen Stammes: Eine Anthropologisch Historische Skizze als Beitrag zur Lösung der Frauenfrage*. München: T. Ackermann.

